

DISCURSO DE CONTESTACION

Por GABRIEL SÁNCHEZ DE LA CUESTA

Excmo. Sr. Director,
Excmos. e Ilmos Sres.,
Sras., Sres.:

Recordemos el breve apuntamiento de un hecho memorable y estelar que supo hacer Guillermo Harvey, bajo el reinado de Carlos II de Inglaterra: el colosal descubrimiento de la circulación de la sangre. En sus anatomías y vivisecciones consideraba al corazón a modo de un rey supremo y omnímodo en la organización corpórea viviente; y dicese que, al presentarse, reverente, delante de su alto señor para darle cuenta de la proeza biológica lograda, quiso justificar su osadía y su locuacidad en cierto parangón que se traía de majestad con majestad, es decir, que asimilaba el latido sublime del corazón de un *hombre-hombre* con la egregia dignidad de un *hombre-rey*. Para el gran descubridor, cada cual llevaría en su pecho lo mejor de su estructura. No obstante, dubitativo y perplejo, habló muy quedamente ante la excelsitud del monarca e insinuó este comienzo de oración: *Si parva licet componere magnis...* (= Si es lícito poner las cosas pequeñas al lado de las grandes...) Hubo regia aprobación. Pues amparándome yo en aquella licitud de los siglos, afronto confiadamente en esta sesión académica tan solemne, el atrevimiento de poner la «cosa pequeña» de mis palabras de bienvenida al nuevo compañero, junto a la magnitud donosa de su vibrante discurso de recepción.

I

Don José Guerrero Lovillo nació y ha vivido los mejores años de su vida en tierras de Andalucía: los de aquellos primeros pasos en el hogar de sus padres —tan dignos y ejemplares; tan merecedores de elogio memorable y a quienes me vincularon buenos lazos de amistad, con no pocos problemas profesionales—. Se adentra después, cuando va cursando su bachillerato en el Instituto-Escuela de nuestra ciudad, para seguir su recorrido por otros pasos más tardíos, pero acaso más firmes, al escalar los estamentos universitarios de Sevilla. Alcanza la Licenciatura aquí, y en Madrid el Doctorado en la Sección de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Su vocación se va haciendo más patente cuando se liga al prestigioso «Laboratorio de Arte» que fundó aquel gran hombre al que seguimos admirando en el recuerdo, porque tuvimos felices ocasiones de conocerle: D. Francisco Murillo Herrera.

Guerrero Lovillo compone una tesis magistral sobre «Las Cantigas», con Premio extraordinario en la Universidad Central, al que se le une en seguida otro premio importante, el «Lulio», editado por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Comprenderán que con esos medios relevantes ya era un consagrado; ya era un indiscutible valor en nuestra Universidad, por donde iba asomando también con su conocimiento del Arabe y de la Literatura musulmana. Pronto aparece en público como Profesor ayudante, en 1942, auxiliar temporal después, y por varios años Profesor adjunto, compartiendo diez cursos de alta categoría universitaria, clara antesala de una cátedra tactilmente merecida. Sus amigos sentimos un gozo infinito al saber que, en 1957, acababa de ganar por la más reñida oposición, la cátedra de Historia General del Arte en la Universidad de Barcelona.

Doce años tuvo allí para seguir aprendiendo mucho y para enseñar mucho más. Allí pude apreciar, en mis asomadas por las aulas y cátedras de Barcelona en sanos intercambios con la labor operaria que yo llevaba desde las que regía en Sevilla —Terapéutica Clínica; a veces, Historia de la Medicina— cómo un hombre afanoso, firmemente cotizado ya y alabado

por los exigentes, este don José Guerrero Lovillo, fue apreciado como ansioso del saber dietético y ávido de nuestra inmarcesible amistad sabiendo perder alguna que otra hora al comparecer ante mis livianas disertaciones.

Allí disfrutó nuestro buen amigo de la consideración de los «considerados», que eran muchos en la Cataluña española. Desde allí, bien relacionado, hizo muchas dispersiones provechosas entre el Arte sublime de muy variados países que le fueron llevando al dominio universal de su amplitud artística. ¡Qué útiles periplos supo organizarse entonces y siempre! Pero obvio es que, en el fondo de su alma, junto a la lozanía progresiva de su formación y de sus yuxtaposiciones, vibraba el recuerdo del Alma Máter, de esta su inolvidable Universidad. Y así ocurrió lo que tuvo que ocurrir; así se trasplantó a la tierra de sus amores y de sus afanes, a esta Andalucía atrayente que el más Sabio de los Reyes no dudó en llamarla, en un brote de entusiasmo, «el Paraíso de Dios».

II

La Real Academia Sevillana de Buenas Letras, atenta habitual a los más indiscutibles y reconocidos valores de los hombres del saber, tuvo su momento cuando procedió a la elección del Prof. Guerrero Lovillo para que ocupase un sillón vacante en el estamento de los Numerarios. Evidente acierto, en una exacta valoración de calidades, al apreciar la medida de la dimensión cabal de la persona.

Un historial tan rico el suyo en oposiciones, de las ganadas por siempre en buena lid; una fama en prolijidad y detalles de explicaciones a los alumnos de la Licenciatura y del Doctorado; una claridad en disertaciones múltiples a todos los niveles, tanto en las conferencias de altura como en las de más necesaria simplificación, sobre la base permanente de una proverbial amenidad; igual, en la cuatiosa labor publicitaria y en el manejo de la pluma con una pasmosa facilidad, cargando siempre sus escritos tanto en su sobrada enjundia como en su elegante belleza literaria; todo, todo eso ha hecho

un cúmulo tal de circunstancias y de méritos que justifican plenamente su elección académica y atajan, de raíz, cualquier intemperancia crítica.

¡Qué distinguida lista de sus méritos quisiera sucintamente señalar!:

- Premio Extraordinario del Doctorado (1946) en la Universidad de Madrid.
- Premio «Raimundo Lulio», antes apuntado (1946).
- Premio del Ateneo de Sevilla, en torneo de Juegos Florales (1949).
- Premio «José María Izquierdo», también en el Ateneo (1953).
- Premio «Josefina von Karman» (1954).
- Premio del Concurso de Monografías de la Excma. Diputación Provincial de Sevilla (1954).
- Premio a Colegiado Distinguido en el Pleno del Consejo Nacional de Colegios Oficiales de Doctores y Licenciados en Filosofía y Letras y en Ciencias (curso 1955-56).
- Director del Laboratorio de Arte «Francisco Murillo Herrera», en la Universidad de Sevilla (1976).

Añadamos: Encomienda de la Orden Cultural de Alfonso X el Sabio (1957) y Miembro de Número del Instituto de Estudios Gaditanos (1970).

¡Qué valía de publicaciones! De las mejores, aproximables a 50. De categoría de libro, bastantes. Por no cansaros, qué menos que citaros ahora siquiera una quincena alabada:

- «Las Cantigas».
- «Los Angeles de Martínez Montañés».
- «Los pintores románticos sevillanos».
- «El origen indio del árbol de Jessé».
- «Obras de Sebastián de Llanos y Valdés».
- «Cancelas sevillanas: Los hierros artísticos españoles».
- «El tema del hombre en la pintura de José Clemente de Orozco».
- «La puerta de Córdoba en la cerca de Sevilla».
- «Portinari, pintor brasileño».

- «La Catedral de Sevilla».
- «Goya en Andalucía».
- «Sevilla: Guía artística de la Ciudad».
- «Valeriano Bécquer, romántico y andariego.»
- «Sevilla musulmana» (en «Historia del Urbanismo sevillano»).
- «Al-Qaṣr al-Mubārak. El Alcázar de la Bendición». Discurso de recepción en la Real Academia de Bellas Artes de Sevilla, 1974.

¡Otra lista elogiosa, pero que ahora me es inabordable: los ricos y cuantiosos fondos de su gran biblioteca, contigua a sus establecimientos familiares! ¡Cuánta vigilancia sobre catálogos bibliográficos y sobre ofertas honorables! ¡Pasión bibliofílica de los mejores tiempos! ¡Suerte adquisitiva, la de entonces! ¡Cuánto ha acechado en los libros y discursos de las Bellas Artes!

Está en posesión de plaza de Académico de Número de la Real de Bellas Artes en Santa Isabel de Hungría, de Sevilla, y es Miembro en su Junta de Gobierno y Bibliotecario de la Corporación. Varios honores ha recibido de otras. Detallaré las Academias de su Corresponsalía en las de Bellas Artes:

- Nacional de San Fernando, de Madrid.
- Provincial de Bellas Artes, de Cádiz.
- Ciencias y Nobles Artes, de Córdoba.
- Bellas Artes, de Granada; y
- San Carlos, de Valencia.

Es Miembro asimismo, de la Comisión de Monumentos Históricos y Artísticos de la Provincial de Sevilla y sigue elegido como Vice-Presidente, en cuyo cargo continúa.

También fue nombrado Miembro del Comité científico del Symposium sobre las Cantigas, celebrado en noviembre de 1981 en Nueva York, a donde acudió presentando una Ponencia sobre «El Arte de las Cantigas, avanzada artística de su tiempo».

Anoche, acababa de recibirse la noticia de una grata efemérides. Se estaban cumpliendo los veinticinco años —Bodas

de Plata— de nuestro amigo con su acceso a la Cátedra de Barcelona. Buena ocasión para vibrar con su merecida alegría.

Unas palabras aún, genuinas y cordiales —con las que acaso debí haber comenzado muy al principio— van dirigidas a su distinguida esposa, modelo de compañera en el hogar y en los desvelos culturales del nuevo académico, precisamente desvelos que ella fue aprendiendo, en provecho ulterior, a través de su carrera universitaria de Ciencias y de su hija, hoy, que se sabe todos los caminos. Todo el mérito que ahora estamos reconociendo en don José Guerrero Lovillo, en verdad no es plenamente suyo; al modo de los juristas —de los que cuenta con tan eximios ejemplares esta Casa académica— hay que hablar de «bienes gananciales», acrecidos y ganados en el justo afán matrimonial, pero luego pocas veces se sobrepasa ese mero reconocimiento hacia una efectiva división de bienes porque en los entrañables matrimonios, como éste, el caudal es completamente indivisible.

III

La lectura deliciosa que el novel académico nos ha dejado en su discurso musulmán que yo gustoso releo, nos ha aleccionado en algunos de esos duros virajes sevillanos que van desde una bondad y una apoteosis de grandeza hacia unos presagios de ruina indeclinable. Justo *al medio siglo* (1198) del gran cambio en el que el sultán almohade corona el más bello alminar del mundo islámico —con sus cuatro esferas doradas—, apenas sobrevive y ya el clamor del vidente poeta Ibn Amar le venía reavivando dolor y chispas de fuego. Esta culta ciudad retrae su fina opulencia y se va disolviendo en aire y en desolación entrevisible. al-Mu'tamid llora la soledad de su destierro; sus ocios en el castillo de Aznalfarache o en el de Alcalá de Guadaíra le mantienen su agrado por la lingüística y me place que también sintiese aprecio *por la Medicina*. La imagen imperecedera del alminar, nos sigue hablando de aquella «la torre enjaezada...» que supo decir Federico García Lorca.

Mal golpe el que dieran las huestes de Alfonso VIII el de Castilla sobre los llanos de las Navas de Tolosa (1212). Pero es que el tiempo vuela y ya no tardaría en acercarse su nieto Fernando III (1236). La fascinante Sevilla, gozosa, almohade, se va alarmando. Nuevos personajes irán anudando el entramado de la intriga, no obstante quererse asegurar antes los peligros dorsales de varias ciudades, ninguna como la de Córdoba y su resolución se hace en el mismo 1236.

El Rey Fernando III fue muy cauto, tanteando con sus mejores hombres las seguridades en Sevilla. Pero sospecho yo que le faltaba «seguridad morbosa» en sí mismo. Los brotes de su enfermedad gotosa, que estudié en aquel librito, *Dos Reyes enfermos del corazón* (1948) —el que interpuso un Prelado, para mí sin mayores consecuencias— significó una reactivación de sus *dolencias*. Hubo de acampar largo tiempo en Alcalá del Río. Observaba, sagaz. Y al restablecerse, en su momento óptimo, saltó a lo mejor de Sevilla. ¡Cuánta inseguridad debió haber en Axataf! El Rey Fernando III, el Santo, prolongó cuatro años más, su vida claudicante, en Sevilla. ¿Dónde mejor para consolar sus males? ¿Dónde mejor para dejar aquí al sucesor, al hijo que hizo la fama de Sabiduría? Queda aquí su respetable cuerpo inerte y momificado, donde se le ha seguido alabando y glorificando, porque hizo el bien de inscribir este alto ejemplar para que la efemérides de hoy, dignamente, sumisamente, con la eficacia de que le han llevado, entre otros muchos gratos decires, en su epitafio el de que fue «el más sofrido de los reyes».

Con el andar y las mudanzas de los tiempos, muchos hombres que vinieron anhelosos se marcharon cansinos; otros que se habían ido con afanes, se vinieron a rehacerse; otros, en fin, procuraron su estabilidad, sin más. ¡Qué bien lo fue diciendo nuestro Fernando Villalón!:

«Islas del Guadalquivir,
donde se fueron los moros
que no se quisieron ir»..

Bienvenido aquí, mi predilecto amigo. Vuestros gozos pueden ser, al modo de aquella lejana sofrosine, plácida y recóndita Academia, en la que os deseo los más claros aciertos al concebir y vuestros mejores pensamientos al decantar.